

**DANTON**  
Andrzej Wajda, 1983

**PERO JARUZELSKY NUNCA FUE JACOBINO**

Tras las dificultades de rodaje y difusión de “El hombre de mármol” (1977) y “El hombre de hierro” (1981), en las que Wajda mostraba de un modo directo la represión sufrida por la ciudadanía polaca, el director cambia de tiempo y país para seguir manteniendo su discurso de libertad frente al totalitarismo. La obra “Sprawa Dantona” (“L'affaire Danton”), escrita por Stanisława Przybyszewska en 1929, se ajustaba perfectamente a sus propósitos. No cuesta identificar el Terror de Robespierre con el régimen comunista de Jaruzelsky, igual que los maltrechos ciudadanos franceses de finales del xviii, representados por los dantonianos, son fácilmente asimilables a los trabajadores polacos de los ochenta, encabezados por el sindicato Solidaridad. En 1981, un año antes de que Wajda filmase “Danton”, el general Jaruzelsky había decretado una Ley Marcial que causó 250 muertes y 10.000 detenciones por motivos políticos.

Como era de esperar, los críticos franceses no encajaron bien la decisión de escarmentar el totalitarismo polaco en la cabeza de la Revolución francesa, contra la que el film de Wajda se posiciona desde la primera secuencia, un control de carretera en el que un oficial grita a sus subordinados “¡No tengáis piedad!”, hasta la última, en la que un niño de apenas cinco años es obligado a recitar ante Robespierre el programa revolucionario, que le ha sido inculcado a golpes. Incluso el arte francés se ve deshonrado por la aduladora connivencia del pintor David con los tiranos. En consonancia con el discurso oral y visual, la partitura de Prodrómides no es nada heroica, ni siquiera complaciente, sino herrumbrosa y, por momentos, insoportablemente opresiva.

En el “Danton” de Wajda pueden distinguirse dos partes bien diferenciadas en ritmo e intensidad. La primera, que sirve de puesta en situación y presentación de personajes, puede resultar confusa, sobre todo para el espectador que no esté muy al tanto de ese retazo de la historia. La segunda, más eficaz desde el punto de vista aleccionador, muestra el juicio, condena y ejecución de los últimos revolucionarios puros, dejando bien claro que Danton era un buenazo, Robespierre un idealista corrompido y ambos víctimas del verdadero monstruo: la Revolución, cualquier revolución. A grandes rasgos, esto es lo que cuenta Wajda:

Primavera de 1794, año II de la República. Tras un retiro bucólico para meditar sobre los métodos empleados por los antiguos revolucionarios, Danton regresa a París, convencido de que sus argumentos abrirán los ojos al pueblo y éste acabará con el Terror impuesto por el despiadado Robespierre. “La masa me sigue siempre cuando hablo”, dice. Pero el poder, una vez establecido, dispone de los mecanismos adecuados para sofocar, incluso aniquilar, a sus opositores. Entre cobarde y nostálgico, Robespierre intenta ganar a Danton para su causa, pero éste responde que prefiere ser guillotinado antes que guillotinator, palabras con las que él mismo dicta su sentencia. El proceso emprendido por los Comités contra él y sus

partidarios está perdido de antemano. Como dice Philippeaux, el único revolucionario que afronta la persecución con las ideas claras, "es un proceso político, y la política sigue una mecánica que nada tiene que ver con la justicia".

En el juicio, Danton sigue confiando en que su capacidad de oratoria sublevará a los asistentes en contra del jurado: "Los hombres honestos han molestado siempre a la política, y hoy más que nunca. Quieren matarme porque soy sincero, y la verdad les da miedo. He sido uno de los inventores de la justicia popular... ¡Pueblo de Francia, el tribunal sois vosotros! Que todo se haga públicamente y vosotros decidiréis". La decisión del indefenso Danton contrasta con la inquietud del todopoderoso Robespierre: "El caso de Danton es un tremendo dilema. Si perdemos el proceso, la Revolución se destruye; si ganamos, el resultado puede ser el mismo".

A medida que el juicio se prolonga, Danton va asumiendo su derrota: "La Revolución es como Saturno, que devora sucesivamente a sus propios hijos. Yo creía poder frenar la tempestad de la Revolución, pero observo vuestra fría mirada en la que ya leo mi condena de muerte, mi muerte inevitable, decidida antes de que entrarais en la sala. En nombre de los principios de la Revolución habéis olvidado a la propia Revolución. Habéis establecido una nueva dictadura aún más feroz que la anterior. Por miedo a la vuelta del tirano os habéis transformado en tiranos. ¡El pueblo sólo tiene un poderoso enemigo: el Gobierno!".

En un arrebatado delirante, Danton parece recobrar las fuerzas: "¡Soy inmortal! ¡Yo soy el pueblo! Y vosotros, asesinos, seréis juzgados por el pueblo". Su discurso es interrumpido por la llegada de un decreto de la Convención, que, bajo amenazas de muerte, ha obtenido una testificación según la cual la mujer de Desmoulins, financiada por los monárquicos, habría organizado un complot con los amigos de Danton para asaltar el Palacio de Justicia. La calumnia es burda, pero el pueblo enmudece y los procesados son condenados a muerte. Tras las rejas, Danton persiste en su delirio: "Sin mí todo se hundirá. ¡Qué vergüenza para la Revolución! ¡Les concedo sólo tres meses, y todo se vendrá abajo!". A su lado, Philippeaux sigue manteniendo la cordura: "Disimulas tu miedo".

El 5 de abril, los 'indulgentes' son decapitados en la plaza de la Concordia. Momentos antes de la ejecución, Danton dice al alguacil: "No te olvides de mostrar mi cabeza al pueblo; merece la pena". Saint Just se muestra exultante por la victoria, pero Robespierre no comparte su alegría: "Tengo la impresión de que todo en cuanto tenía fe se ha desvanecido. La Revolución va por mal camino. La democracia era una simple ilusión".

[Ambos, Robespierre y Saint Just, fueron decapitados el 28 de julio de 1794. Sus cuerpos fueron enterrados en una fosa común y rociados con cal viva para que no quedase el menor rastro material de ellos.]